

estoy por la abstencion. No quiero principio de autoridad, ya se encarne en un Imperio, ya se encarne en una república burguesa. Yo detesto la que proclamó el estado de sitio, la que fusiló al pueblo en las calles, la que nos deportó al Africa. (*Gritos. Protestas. Tumulto espantoso.*)

*Una voz:* Nos dividís.

*Otra voz:* Nos mataís.

*Muchas voces:* Eso quiere el Imperio, eso quiere el Imperio.

(*Los gritos, las protestas, son tales, el ruido tan grande, que Mr. Lefrançais se ve obligado á bajar de la tribuna despues de haber terminado rápidamente su discurso.*)

*Mr. Richard:* Ciudadanos, no es hora de dividirnos. Ya llegará esa hora. Por el momento sólo tenemos que hacer una cosa; desembarazarnos del enemigo comun. (*Grandes aplausos*). Y para desembarazarnos del enemigo comun, propongo y sostengo el voto negativo. (*Redoblados aplausos.*)

*Mr. Cheller:* Ciudadano Presidente, yo tenia pedida la palabra antes que el ciudadano Richard, y soy siempre pospuesto.

*El Presidente:* Ciudadano Challer...

*Mr. Cheller:* Ciudadano Presidente, no destroceis de esa manera mi apellido: Yo me llamo Cheller.

*Muchas voces:* Que hable, que hable.

*Mr. Cheller:* ¡Qué proclama la del Emperador! Pues no dice que hizo una constitucion en virtud de los poderes que nosotros le dimos. En virtud de la autoridad que nos escamoteó, debió decir. Y luego añade que ha conservado el orden. ¡Bueno está el orden! Hay varias maneras de conservar el orden.

Hay el orden que reinaba en Varsovia bajo el Imperio ruso, y el orden que reinaba en París despues de las jornadas de Junio, bajo la República francesa.

*El Presidente:* No tolero nada que conduzca á dividir á los republicanos.

*Mr. Cheller:* ¡Por qué me interrumpís! Buena libertad es la vuestra: buenos estais

vosotros. (*Y se dirigia á la mesa con los puños levantados y crispados.*)

*Mr. Lissagaray:* No quiero divisiones en el partido republicano. Prudencia, prudencia, siempre y en todas partes prudencia. El gobierno ve por do quier conspiraciones. Y en efecto (dice, dirigiéndose al Comisario que permanece impassible), conspira la mesa de esta reunion, conspira esta reunion, conspira la Asamblea legislativa, conspiran los partidos, conspira la Francia entera, y de esta omnimoda conspiracion, saldrá, á no dudarlo, la República universal. (*Ruidosos aplausos y vivas prolongados á la República.*)

Son las once de la noche, y se disuelve la reunion. Pero el dos de Mayo celébrase otra reunion nocturna, en el Boulevard Clichy.

*Un orador:* Alabemos aquella época republicana en que el pueblo llevaba la libertad en sus entrañas.

*Otro orador:* Malditos soberanos extranjeros; prometieron que no dejarían reinar un Bonaparte en Francia, y no han cumplido su promesa.

*Tercer orador:* Por todas partes hay sembradas asechanzas contra la República. Cuando Lincoln fué asesinado, estaba la bahía de Nueva-York llena de fragatas inglesas, rusas, españolas. Pues á nadie le harán creer que fueron allí solas y por su gusto. Yo he visto pasar por delante de mi casa tres coches de las mensajerías imperiales, uno de ellos completamente lleno de boletines con síes y resguardados por las armas personales, personalísimas de la Reina Victoria. Esto demuestra que los soberanos extranjeros conspiran contra la República francesa.

*Una voz:* Pero eso no tiene sentido comun.

*Otra voz:* Protesto contra esta pérdida de tiempo.

*Tercer orador:* ¡Cómo que no tiene sentido comun? ¡Reaccionarios! En 1851, una marquesa que vivia en frente de la Embajada de Prusia, no me ocultó su propósito de des-

truir deliberadamente la República. Volví despues del golpe de estado á verla, y habia volado. (*Las protestas son tales, que el orador deja la tribuna.*)

*Cuarto orador:* No quiero coligarme con los republicanos formalistas, con los reaccionarios de todos colores para votar negativamente, cuando todos esos partidos aspiran á destruir el socialismo y á evitar que el trabajador perciba el importe íntegro de su trabajo.

*Quinto orador:* Para convencerse de cuánta verdad ha dicho el orador precedente, no hay sino ir á una reunion de la calle de Levis. El presidente se constituye en dictador, y no quiere oír á los socialistas. Estos republicanos á secas, republicanos de pura forma, son siempre los mismos. Deportábanos y fusilábanos en 1848. Ahora quieren servirse de nosotros para derribar el Imperio y ponerse en su lugar. Mas lo primero que harán despues de la victoria será volvernó á fusilar y deportar porque se rien de la cuestion social á mandíbulas batientes. Son jesuitas que se la echan de liberales para subir al poder. (*Ruidosos aplausos.*)

*Mr. Montluc:* Yo estoy por el voto negativo. Debemos considerar el Imperio como un hecho, sí, como un hecho detestable, pero un hecho al cabo. Y no nos forjemos ilusiones. El Imperio no há menester de grandes violencias para obtener grande mayoría, gracias á la ignorancia universal. (*Es verdad, es verdad.*) ¡Y qué debemos hacer? Resignarnos á la propaganda hasta que la mayoría á su vez nos pertenezca como hoy pertenece al Imperio; ilustrar las inteligencias para mover las voluntades. Por eso debemos unirnos y votar no; que de esta manera sabrá el pueblo todo lo que nosotros queremos.

*Un abstencionista:* Decís que nosotros, al no volar, nos confundimos con los perezosos. Pues vosotros, votando, os confundís con los ultra-imperialistas que no quieren la nueva Constitucion. Puesto que votais contra Ollivier, ya vereis qué pronto os traen á Rohuer.

(*Ruidosos aplausos y carcajadas prolongadísimas.*)

*Otro orador (profundamente agitado):* No hablemos de cosas baladíes en presencia de las cosas graves que yo debo deciros. Han preso á los delegados de las sociedades de trabajadores. Se quiere provocarnos á un motin. Ciudadanos, si os habla algun sér misterioso, en nombre del trabajo, de sublevados, no le oigais. Si le oís, decidle que os presente su cédula de delegado de las asociaciones trabajadoras, y si no la presenta, rompedle la cabeza al esbirro. No queremos, no, los hijos del trabajo caer en el lazo de las conspiraciones oficiales. Queremos el derecho y el trabajo. (*Ruidosos aplausos. Vivas aclamaciones.*)

En la calle de la Fidelidad se verifica la última de estas reuniones que vamos á transcribir el dia tres de Mayo de mil ochocientos setenta.

*Mr. Poulet:* Hay aquí muchas opiniones diversas, pero todos estamos en una cosa acordes, en el odio al Imperio. (*Si, si.*) La conjuracion que acaba de denunciarse es una gran impostura y una burda maniobra. Los electores se ven perseguidos como fieras. Uno de Batignoles acaba de recibir una intimacion para retirar á su hijo de la escuela porque no va á los oficios religiosos. Y esto en la víspera del plebiscito.

*Un orador:* El presupuesto de la guerra ha costado durante el Imperio doce mil millones de francos, mientras el presupuesto de la Instruccion á duras penas habrá costado doscientos. El pueblo está cansado de Imperio, y lo mejor que el Emperador podria hacer es irse con viento fresco. (*Ruidosos aplausos.*)

*Otro orador:* Yo me comprometo á acompañarle hasta la estacion como acompañé á Carlos X, á Rambouillet, porque ante todo la buena educacion. (*Risas y aplausos.*)

*Otro orador:* Nosotros no tenemos por enemigo al Imperio, nosotros tenemos por único enemigo al capital.

Las reuniones públicas son como el termómetro de la ilustración popular. Y tantos disparates, tantas amenazas revolucionarias; los juicios emitidos sobre los hombres prudentes y mesurados del partido republicano, únicos que podían conducir el Estado en la próxima deshecha tempestad; las utopías exaltadas á la altura de creencias populares como en los terribles años de la pérdida irreparable de nuestra segunda República; el furor contra todo cuanto fuera sentido político, transacción necesaria, estudio de la realidad, medida de lo posible, aterraron los ánimos y produjeron una reacción inmediata. Era bien que el partido republicano jamás quisiera transigir con el Imperio. Prescindiendo de lo dispar de nuestras ideas, como que el Imperio es soberanía de uno sólo y nosotros soberanía de todos, el Imperio dictadura y nosotros autoridad, el Imperio privilegio y nosotros derecho, el Imperio negación de toda la democracia y nosotros la democracia en la plenitud de la vida; prescindiendo de esa disparidad, el recuerdo dolorosísimo de la noche siniestra del Dos de Diciembre era inextinguible. Pero las sociedades humanas no reemplazan un sistema viviente, real por la casualidad, ó por la duda. El sistema, que se hunde en el tiempo, ha de tener ya otro sistema, que le sustituya en la conciencia. Y los sistemas políticos no llegan á los ojos y á los oídos de todos por las ideas que los animan, sino por los hombres que los personifican. Y cuando aquellas muchedumbres anónimas é irresponsables destruían y desautorizaban á los estadistas acreditados del republicanismo destruían y desautorizaban á la República misma, porque mal podría entregarse la sociedad á quienes no valían ni siquiera entre los suyos, no dominaban ni siquiera su propio partido. Así el Imperio con cuerdo consejo repartía profusamente y divulgaba las amenazas de una revolución violenta y las diatribas contra los primeros hombres de la República. Y todo esto obraba

fuertemente en los ánimos y descorazonaba á los más esperanzados y á los más fieles.

Luego se había visto prácticamente que al venir la libertad venía con ella la perturbación y el escándalo. Aquellas elecciones de París, seguidas por motines diarios, eran triste síntoma de anarquía. La batalla más sangrienta acaso que se pudiera haber dado en las calles de una gran ciudad pendió de la conducción de un cadáver á este ó á otro cementerio. La prisión de Rochefort alzó barricadas en dos noches consecutivas, esas barricadas que nada podían á la verdad contra la autoridad del Imperio y podían mucho contra el crédito de la República. Luego, en la hora misma de abrirse las urnas, de congregarse el pueblo, descúbrese sorda conjuración tristemente encaminada á un regicidio. Nosotros decíamos y creíamos entonces que era invención del Imperio. Nos engañábamos insensatamente. Las revelaciones posteriores, la confesión pública de los mismos conjurados han venido á decirnos después que los rojos obraban como si fueran cómplices y colaboradores de la obra imperial. Y nada retrae los ánimos como el crimen; nada convierte las sociedades contra la libertad como verla confundida con la anarquía.

Y á todas estas desventuras se unía el crédito que alcanzaban ya en el pueblo las ideas irrealizables de la Internacional y el escandaloso ruido que metían sus soñados programas. Y la Internacional identificaba á los trabajadores modernos con los esclavos antiguos, y les ponía en las manos la tea y el hierro de Espartaco, aconsejándoles no tener otra relación con la sociedad que la guerra, ni otra política que el retraimiento. Y esta funesta idea del retraimiento, que admitían también los periódicos más avanzados; la *Marsellesa*, donde se oía la voz de Rochefort lanzada desde una prisión; el *Rappel*, donde se oía la voz de Víctor Hugo, lanzada desde el destierro, y traída por los vientos y las olas del Océano, semejándose á la palabra creadora sobre el

caos; esta funestísima idea del retraimiento, iba diciendo, disminuía nuestras fuerzas y aumentaba las fuerzas del Imperio.

Así fueron terribles los resultados del plebiscito. En vano se unió fuertemente toda la izquierda con excepción de Picard que se inclinaba demasiado al Imperio liberal y de Rochefort y Raspail que se inclinaban demasiado á la República roja. En vano se organizó fuertemente el partido democrático. En vano se recogieron cuestaciones cuantiosísimas. En vano Cernuschi, el riquísimo hijo de Italia naturalizado en Francia, que combatiera enérgicamente por la República en el suelo de Roma, y que la propagara en Francia, envió cien mil francos á Gambetta para los gastos de la votación; y cuando el Imperio lo expulsara del territorio francés, otros cien mil francos al salir, mostrando así que en política, como en todo, el premio está reservado siempre al trabajo; en vano Cernuschi dió la norma y la pauta de los sacrificios necesarios á vencer un enemigo fuerte, poderosísimo, admirablemente organizado, con ejército de funcionarios á su disposición, y el dinero del presupuesto, y el crédito natural de la autoridad, y la fuerza inmensa del complicado organismo de un Estado autoritario y poderoso, presidido por un César, á quien sus faltas debilitaban en parte; pero que veía esta debilidad largamente compensada por el auxilio que le traía la ceguera y la torpeza de sus más implacables enemigos. Los poderosos esfuerzos del partido republicano sensato se estrellaron á la verdad contra las insensateces del partido republicano rojo. Y el resultado de esta última prueba, de este último ensayo, no pudo ser más funesto á nuestra causa y no pudo demostrar con mayor evidencia el terrible retroceso de nuestro partido, y el milagro de nuestras esperanzas.

El ocho de Mayo de mil ochocientos setenta, bajo purísimo cielo, con sol alegre y luminoso, cuyos rayos templaban las frescas áuras de la primavera, dirigíanse los electo-

B.

res á votar el plebiscito, es decir, la confirmación ó la invalidación del Imperio. Las esperanzas y los temores eran muy contradictorios. Mr. Delescluze, por ejemplo, se embriagaba de entusiasmo hasta decir muy seriamente que cuatro millones de votos contrarios al Imperio saldrían de las urnas, verificándose una revolución pacífica, y un destronamiento sin ejemplo y sin antecedentes en la historia. Pero se necesitaba desconocer el corazón humano y desconocer la humana naturaleza para acariciar ilusión tan extraña. Sus amigos, los rojos, habían aterrado los ánimos y conseguido en consecuencia el alejamiento de las gentes medrosas y sencillas que forman la base, digámoslo así, de todos los Estados. Además de esparcir estos terrores tan contrarios á la consecución de un triunfo verdadero para la República, habían predicado también la abstención, esa abstención, aparentemente muy catoniana, en realidad muy favorable á la corte. Luego el campesino francés ha sido y será por mucho tiempo imperialista. La bandera blanca, la dinastía de los Borbones, la vuelta á los antiguos privilegios le aterran, y le exaltan. Quiere conservar á toda costa los dos mayores bienes que le ha traído la revolución, quiere conservar la seguridad de su trabajo y el goce de su propiedad. Para conservar estos bienes imagina que se necesita una dictadura cesarista, un Imperio plebeyo, la espada de la gloria que hirió á los reyes de derecho divino, la ocupación del antiguo trono de los maldecidos Borbones por los adorados Bonapartes, cuyo génio fué la victoria de Francia sobre todos los pueblos y la igualdad en la servidumbre, pero la igualdad al cabo, de todos los franceses. Durante la restauración los Borbones no pudieron llegar hasta el corazón de las muchedumbres. La antigua religión del altar y el trono se había perdido para siempre. Ni el martirio del agosto hijo de cien reyes, ni la apoteosis de aquellas víctimas ilustres de su real familia y el relato

81